

ESTADO que manifiesta el número de boletines expedidos por la Compañía de los Ferrocarriles Nacionales de México, con motivo de nuestra Vigésima sexta Peregrinación a la Basílica del Tepeyac, celebrada en esta ciudad, el día 2 de Julio de 1911.

San Juan del Río	15	15	30
Poxtlán	15	15	30
La Grigalera	15	15	30
San Juan del Río	15	15	30
Poxtlán	15	15	30
La Grigalera	15	15	30
Total	75	75	150

MANUEL
DÍAZ DE QUERÉTARO



SERMON

PREDICADO EN LA INSIGNE Y NACIONAL BASILICA

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

POR EL SR. PBRO.

Lic. D. Alberto Gorráez,

EL 2 DE JULIO DE 1911.

Con motivo de la Vigésimasexta Peregrinación

DE LA

Diócesis de Querétaro

AL REFERIDO SANTUARIO.

—♦—♦—♦—
SE IMPRIME CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.
—♦—♦—♦—

QUERETARO.
IMPRESA ECONOMICA, 1º DE STO. DOMINGO 10½.
1911.

SERMON
PREDICADO EN LA IGLESIA NACIONAL BASILICA

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

POR EL SR. Pbro.

Lic. D. Alberto Gortázar

EL 2 DE JULIO DE 1911

Con motivo de la Vigésimaseisava Transmisión

DE LA

Diócesis de Querétaro

AL REFERIDO SANTUARIO.

SE IMPRIME CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

QUERETARO

IMPRESA ECONOMICA DE STO. DOMINGO

1911



Visitavit nos, oriens ex alto.

Luc. cap. I vers. 78.

Ha venido à visitarnos de lo alto del cielo.

S. Luc. cap. I vers. 78

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor:

Muy Ilustre y Venerable Cabildo:

Hermanos míos muy amados en Jesucristo:

Es efecto propio de la gracia divina, al posesionarse del espíritu humano, revestirlo, entre otras, de dos cualidades admirables: actividad ardiente para procurar en todo el aumento de la gloria de Dios y fortaleza invencible para superar los obstáculos que se oponen á la consecución de este altísimo fin (1).

Acababa de cumplir aquí en la tierra una misión divina el arcángel Gabriel, revelando á la Virgen de Nazaret que su alma estaba llena de gracia, *Avé gratia plena* (2); que era bendita entre todas las mujeres, *benedicta tu in mulieribus* (3); y que había sido elegida por Dios para concebir en su seno y dar á luz un hijo

(1) *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia.* S. Ambros. in Luc. cap. I.

(2) Luc. cap. I. vers. 28.

(3) " " " " "

que se llamaría Jesús, *concipies in utero, paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum* (1), cuando la Virgen agraciada con estas prerrogativas excepcionales; partió con apresuramiento á las montañas de la Judéa, entró en la casa de Zacarías, saludó á Isabel, regocijó al niño que ésta llevaba en sus entrañas y á Isabel misma la hizo sentirse llena del Espíritu Santo (2).

Por estas breves palabras del Evangelio de san Lucas se dejan ver con toda claridad los sentimientos del corazón de la santísima Virgen, puesto que, poco tiempo después de llegada la hora de dar principio por la Encarnación del Verbo, á la redención del humano linaje, se propone desde luego, hacer participante de sus gracias á la familia de su prima, por cierto bien necesitada de ellas, toda vez que Zacarías había perdido el uso de la palabra desde hacía seis meses (3); Isabel, cargada de años y de achaques, demandaba los cuidados propios de una anciana que había concebido (4); y el hijo que llevaba en su seno, como elegido por Dios para precursor del Mesías (5), necesitaba para el fiel cumplimiento de su misión, recibir antes que nadie, los efectos saludables de la gracia, siendo santificado desde antes de nacer (6).

He aquí, hermanos míos, el fin grande, sobrenatural y divino que movió á la más recogida Virgen, á la más delicada Señora, á la más augusta Reina á dejar el retiro de su casa para emprender con penalidades inauditas un largo camino, en todas sus partes áspero y difícil, sin que la detuviera ni la ternura de su edad, ni la

- [1] Luc. cap. I. vers. 31.
- [2] " " " " 39 40 41.
- [3] " " " " 22.
- [4] " " " " 27.
- [5] " " " " 17.
- [6] " " " " 15.

delicadeza de su complexión, ni la ocupación de su vientre, con tal de procurar el aumento de la gloria de Dios, llegando con oportunidad á la casa de Zacarías, para distribuir entre los dichosos sujetos á quienes visitaba, la gracia divina, don inapreciable que ha querido conceder á los hombres el Padre celestial, para que se llamen y sean hijos de Dios (1): este es el único, importante y dichoso efecto á que dignamente ordena la gran Madre del Señor cuanto habeis escuchado. Porque lo mismo fué oírse la voz de María en las montañas de Hebrón, que recibir Zacarías un aumento de ilustraciones celestiales (2); Isabel la gracia de la profesía y la perfección en las virtudes (3); y Juan, principal objeto de la visita, una excelentísima santidad (4) que lo dispuso para allanar los caminos al suspirado Mesías (5), cándole á conocer los misterios del Dios humanado (6).

Bien consideradas las circunstancias de esta visita de la soberana Señora á la familia del santo sacerdote de Jerusalén, tanto por lo que se refiere á la misma Madre de Dios, como á las singulares gracias que el Verbo divino concedió por su conducto en esta ocasión, nos harán confesar que este misterio de la vida de la santísima Virgen, es digno de admiración hasta para los mismos ángeles; y que los sentimientos de humildad, de admiración y de grautud que expresó Isabel en aquellas palabras: *¿de donde á mi tanto bien, que venga la madre*

- (1) Ut filii Dei nominemur et simus. 1^a Joann. cap. III vers. I.
- (2) Venerab. Beda in Luc. cap. I.
- (3) S. Ambros. in hunc locum.
- (4) Saltatio (Joannis in utero) indicium est perfectae sanctitatis. S. Joann. Chrysost. Homil. 30.
- (5) Et tu puer, Propheta Altissimi vocaveris: praeiſbis enim ante faciem Domini parare vias ejus. Luc. cap. I. vers. 76.
- (6) Nondum natus de secreto materni uteri...jam testis est veritatis... et Redemptorem...spiritu praedicabit. S. Aug. Serm. 20 de Sanctis.

de mi Señor á visitarme? (1), eran justamente merecidos por la dignación bondadosísima de la soberana Reina del cielo y de la tierra, quien, para procurar el aumento de la gloria de Dios, no se desdeñó de visitar la humilde casa de su prima.

Timbre de gloria muy singular será siempre para nuestra querida patria (2) aquella creencia religiosa inculcada en nuestras almas, al mismo tiempo que las verdades de la Fe, acerca de la maravillosa aparición de la santísima Virgen de Guadalupe: esta creencia la recibimos cuando niños de la piedad de nuestras madres; nos ha acompañado, sirviéndonos de consuelo, en todas las penas de la vida; es nuestra dulce esperanza en las calamidades públicas y privadas; y ante nuestra devoción como fieles de la Iglesia de México, casi no se distingue de las verdades del dogma: tan seguros así estamos de que la santísima Virgen ha venido á visitarnos. *Visitavit nos, oriens ex alto.*

Por tanto, no es tiempo de presentar en esta Basílica, grandioso monumento de la piedad de nuestros padres, ni ante auditorios netamente guadalupanos, ni menos cuando se trata de la Diócesis de Querétaro, los argumentos indestructibles que aseguran la milagrosa aparición de esta Imágen, sino de regocijarnos en el amor con que ha querido distinguirnos nuestra divina Madre.

Y para que nuestro gozo sea mayor, nuestra esperanza más segura y nuestra devoción más sincera, voy á meditar con vosotros las palabras de mi texto en la proposición siguiente. **LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VISITA QUE HA HECHO A MEXICO LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, AL MISMO TIEMPO QUE**

[1] Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me? Luc. cap. I. vers. 45.

[2] Non fecit taliter omni nationi. Psalm. CXLVII vers. 9.

REVELAN SU GRAN DIGNACION, OBLIGAN HACIA ELLA TODA NUESTRA GRATITUD.

¡Oh inmaculada Virgen, Señora y Madre mía!: así como tu Hijo divino deseaba que los corazones de los hombres se inflamaran en el fuego de la caridad (1), para corresponder al infinito amor con que los amaba, así Tú deseas que nosotros conozcamos tus misericordias y tus favores, para que mostrándonos agradecidos por ellos, merezcamos nuevas gracias de tu maternal corazón. Tengo, pues, especial derecho para pedirte y para conseguir por tu intercesión el auxilio divino que, en estos momentos necesito para lograr que cada uno de mis oyentes conozca las manifestaciones de tu predilección y las agradezca debidamente: lo que te pido, ¡oh augusta y soberana Reina de México!, servirá para conseguir el fin con que viniste á este suelo; y para más inclinar tu clemencia en favor nuestro, te alabamos con la salutación del Arcángel.

Ave Maria.

De ningún modo será aventurado asegurar que las condiciones en que la Madre de Dios visitó á México, son incomparablemente más ventajosas y favorables para nosotros, que aquellas en que visitó á Isabel, si se tienen en cuenta las circunstancias que voy á examinar para demostración de la tesis que he asentado.

Si bien es cierto, que la santísima Virgen recibió en su alma desde el primer momento de su ser las gracias más singulares que Dios tiene en los inagotables tesoro-

[1] Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendantur? Luc. cap. XII vers. 49.

ros de su poder, de su sabiduría y de su amor (1), también es verdad que estas gracias fueron en aumento durante la vida de María; que se multiplicaron admirablemente por su fidelidad en corresponder á ellas, con actos de virtud heróica; y que llegaron á lo sumo del merecimiento por sus dolores y angustias al pie de la cruz.

Esta fué la razón por la cual el Redentor divino esperó los últimos momentos de su vida, para legarnos como madre á la santísima Señora en aquellas palabras, que ya moribundo dirigió á san Juan: *aquí tienes á tu madre* (2): palabras omnipotentes que brotaron de los labios del divino Hijo cuando las virtudes y dolores de la divina Madre habían conquistado en el acatamiento del Padre eterno los méritos necesarios para que Ella fuera respecto de Dios la tesorera de la gracia [3]; y respecto de los hombres, el conducto de las misericordias divinas, sirviendo de reconciliadora [4] y de refugio á los pecadores [5], de consuelo á los afligidos [6], de esperanza á todas las almas [7], para que como Correndentora de los hombres pudieran en cierto modo, decirse de Ella los mismos elogios que la humanidad recibida tributa al Salvador del mundo, en el supuesto de ser cierta, como lo es, aquella sentencia de san Buenaventura: *lo que Dios tiene por naturaleza, Maria lo tiene por participación y por gracia* [8].

[1] S. Aug. Epist. ad vol.

[2] Ecce mater tua. Joann. cap. XIX vers. 27.

[3] S. Bernard. Serm. III de Virg. nativit.

[4] Divina cum hominibus reconciliatio. S. Andr. Avel. Orat. 2 de Assumpt.

[5] Ego civitas omnium ad me confugientium. S. Joann. Damasc. Serm. 14 de Nativit.

[6] Consolationes tuae laetificaverunt animam meam. Psalm. XIV vers. 19.

[7] Spes unica peccatorum. S. Aug. Serm. VII de Annunt.

[8] S. Bonav. in Spec.

¡Oh dignidad verdaderamente admirable! ¡oh excel-situd á que no ha llegado, ni llegará jamás criatura alguna!; porque, como enseña el angélico Doctor, *no es posible concebir una cosa más eminente que Maria, aunque el poder de la gracia sea ilimitado en su potencia absoluta* [1].

Ahora bien, la gracia y la gloria son dones sobrenaturales estrechamente unidos en los designios de Dios [2]. La misma mano bienhechora que proporciona la una, proporciona también la otra: de sus inestimables tesoros forma coronas inmortales, para ceñir las sienas del justo; y jamás concede un grado de gracia sin decretar al mismo tiempo un grado proporcionado de gloria.

A la luz de esta verdad podemos asegurar que si en los labios de los hombres no hay alabanzas dignas de la grandeza de María en aquel aun humilde estado de viadora, pasible y mortal [3], tampoco las tendrán los ángeles, para ensalzarla dignamente en la gloria á que ha sido sublimada; (4) toda vez que así como sólo Dios conoció sus gracias, así también, sólo El conoce la hermosura, la dignidad y la gloria de aquella criatura privilegiada.

Ved ahora, hermanos míos, la primera circunstancia que revela la gran dignación de la santísima Virgen para con los mexicanos: ha venido á visitarnos, no cuando aun estaba en carne mortal en esta tierra de miserias, como visitó á Isabel en Ain ó al apóstol Santiago y á sus discípulos en las riberas del Ebro, sino cuando ya proclamada *Reina* del cielo y de la tierra, está llena de

(1) L. 3. P. Q. 7. a 12 ad 2.

(2) Gratiam et gloriam dabit Dominus. Psalm. LXXXIII. vers. 12.

(3) Quibus te laudibus efferam nescio, quia quem coeli capere non poterant tuo gremio contulisti. S. Aug. Serm. XII de Annunt.

(4) S. Bernardin. Senens. Serm. IV de Visitat.

majestad y de gloria á la derecha del trono de Dios, vestida de un ropaje de oro, circundadas sus sienas con una corona de vistosa variedad [1].

Y si cuando esta divina Señora subió de la tierra al cielo á recibir el premio de sus virtudes, veían en Ella los espíritus angélicos un prodigio celestial, como la llama san Ignacio mártir [2], sólo por las gracias que adornaban su alma, ¿qué deberemos ver en la venida de tan augusta, de tan soberana y de tan gloriosa Reina á nuestro pobre suelo, sino un prodigio de su bondad y de su dignación para con nosotros? *Visitavit nos, oriens ex alto.*

No fácilmente llegaremos á conocer las penalidades y fatigas que experimentó la santísima Señora en aquel camino de Nazaret hasta la casa de Zacarías en las montañas de la Judéa, porque la caridad, motivo y fin de este viaje, es sufrida [3], á todo se acomoda [4] y lo soporta todo [5], y la santísima Virgen, llena de esta virtud, quiso que solo Dios fuera testigo de sus trabajos en esta vez.

Aquella caridad inmensa de María no se ha extinguido aún en el cielo, ni se extinguirá jamás [6]; y si posible fuera que en el estado glorioso en que se halla, la caridad de su corazón la expusiera á sufrir algunos padecimientos, los aceptaría gustosa, con tal de manifestar su amor á los hombres [7].

Llegaba á su fin el año de 1531: los abnegados reli-

[1] Astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate. Psalm. XLIV vers. 10.

[2] Epist. ad Joann. Apost.

[3] Charitas patiens est. 1^a ad Cor. cap. XIII vers. 4.

[4] Charitas...omnia suffert. 1^a ad Cor. cap. XIII vers. 7.

[5] Charitas...omnia sustinet. 1^a ad Cor. cap. XIII vers. 7.

[6] Charitas nunquam excidit. 1^a ad Cor. cap. XIII vers. 8.

[7] Aquae multae non potuerunt extinguere charitatem. Cant. cap. VIII vers. 7.

giosos que habían tomado á su cargo la conquista espiritual del Nuevo Mundo, habían agotado los recursos que estaban á su alcance, para conseguir la propagación del Evangelio; y sin embargo, sus apostólicos trabajos durante diez años, no tenían éxito completo: necesitábase, como en los primeros días del Cristianismo un milagro, que, confirmando la doctrina predicada por aquellos ministros de Dios, dispusiera los corazones de los habitantes de Anáhuac, para recibir digna y fructuosamente la semilla de la buena nueva.

Pero, hermanos míos, el milagro que había de dulcificar la ferocidad de los indios, convirtiéndolos de la idolatría más arraigada á la verdadera religión, no había de ser obrado ni por los mismos misioneros, ni al modo de aquellos portentos que hicieron los apóstoles [1]: era indispensable que el milagro que hubiera de servir de fundamento á la rápida propagación del Evangelio en este suelo, correspondiera al amor y ternura que la santísima Virgen había concebido por la situación tristísima de los indios, víctimas desgraciadas del demonio en aquel entonces: Ella misma obraría el milagro y en condiciones á propósito para remediar las necesidades de México.

Voy á recordaros aquella tradición sencilla y conmovedora que debiera estar escrita con letras de oro en las páginas de nuestra historia nacional.

“A nueve de diciembre del año de mil quinientos treinta y uno, sábado muy de mañana, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido de los recién convertidos á nuestra Santa Fe Católica...el cual en el bautismo se llamó Juan y por sobrenombre Diego...venía

[1] Per manus autem apo.olorum fiebant signa et prodigia multa. Act cap V—12.

“del pueblo de Tolpetlác al templo de Santiago el Mayor
“á oír la misa de la Virgen María. Llegado al romper el
“alba á un cerro que se decía Tepeyacác, oyó el indio
“en la cumbre, un canto dulce y sonoro, y alzando la
“vista á donde se formaba el canto vió una nube blanca
“y resplandeciente y en el contorno de ella un hermoso
“arco iris de diversos colores.

“Quedó el indio absorto y como fuera de sí... sin-
“tiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inex-
“plicables. Estando en esta suspensión... oyó que lo
“llamaban por su nombre con una voz dulce y delica-
“da... Subió á toda prisa la cuestecilla y vió en medio
“de aquella claridad una hermosísima Señora, muy se-
“mejante á la que hoy se ve en su bendita Imágen, y
“hablándole aquella Señora le dijo: Hijo mío, Juan Die-
“go, á quien amo tiernamente como á pequeñito y de-
“licado... Sábetе que yo soy la siempre Virgen María,
“Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador
“de todo y Señor del cielo y de la tierra; y es mi deseo
“que se me labre un templo en este sitio, donde como
“Madre piadosa tuya y de tus semejantes mostraré mi
“clemencia amorosa y la compasión que tengo de aque-
“llos que me aman y buscan y de todos los que solici-
“taren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflic-
“ciones; y donde oiré sus lágrimas y sus ruegos para
“darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi
“voluntad... irás al palacio del obispo á quien dirás que
“yo te envío, y cómo es mi gusto que me edifique un
“templo en este lugar... ten por cierto tú, que te agra-
“deceré lo que por mi hicieres en esto que te encar-
“go... Vete en paz y advierte que te pagaré el trabajo
“y diligencia que pusieres.”

Fué el indio, como sabemos, al palacio del obispo, que
lo era el ilustrísimo don Fray Juan de Zumárraga; y ya

porque era demasiado temprano ó bien por el aspecto
pobre y humilde de aquel neófito, los sirvientes del obis-
po lo hicieron esperar mucho tiempo, hasta que con-
movidos de su tolerancia, le dieron entrada para hablar
con el prelado.

Llegado á la presencia de su señoría le dijo: que era
enviado de la Madre de Dios, á quien había visto y ha-
blado aquella mañana: y aunque refirió cuanto había
visto y oído, no se dió crédito á su narración, ni menos
á que hubiera tenido la dicha de hablar con la misma
santísima Señora, en suelo mexicano, empapado aún
con la sangre de tantas víctimas humanas sacrificadas
en honor de los falsos dioses.

Volvió el indio á dar la respuesta de su embajada á la
Señora que lo había enviado, y le dijo: que no había
esperanzas de que se labrara el templo solicitado por
Ella, porque el obispo parecía no dar crédito á sus de-
seos.

Empiezan, hermanos míos, las dificultades que habrá
de vencer el amor inmenso de María, para quedarse con
nosotros: estas mismas dificultades irán cada vez en
aumento; su enviado será calificado de iluso; volverá al
día siguiente á la presencia del obispo, después de sufrir
las mismas esperas y demoras; el prelado, para dar
crédito á la misión que el indio dice haber recibido de la
Madre de Dios, pedirá una señal que testifique la ver-
dad de los deseos de María; el mensajero mismo, toma-
rá otro camino, para no encontrarse con aquella Señora,
que, ocupándolo en llevar y traer recados, pudiera estor-
barle el cumplimiento de una de sus obligaciones más
sagradas, procurar los auxilios espirituales á su mori-
bundo tío; la misma Señora tendrá no sólo que esperar
una y otras veces el resultado de la manifestación de
sus deseos, sino salir al encuentro de Juan Diego, cuan-

do éste huía de Ella; y por último, tendrá que dar aun á costa de un milagro, la señal pedida por el obispo.

¡Ah.....! yo recuerdo que cuando los judíos pidieron á Jesucristo una señal como prueba de su divinidad y para confirmación de la doctrina que predicaba, el Maestro divino, lejos de hacer el milagro, condenó aquella generación por mala y perversa. [1].

Recordad también aquella conducta con que el Hombre Dios, que se dió á Si mismo por la salvación de todos los hombres [2], procuró por medio de sus enviados la salud de aquellos. Mandó primero á doce, dice la sagrada Escritura, distinguidos con el nombre de apóstoles [3], y setenta y dos después, dignos propagadores del Evangelio [4]; para que recorriendo todo el universo (5), sin omitir diligencia, industria, ni trabajo (6); y no perdonando ni á su propia vida (7) instruyeran á los hombres y los condujeran á la verdadera felicidad. Y aun cuando les prescribió como reglas de su conducta la paz (8), la prudencia (9), la humildad (10) y la mi-

[1] Magister, volumus a te signum videre. Math. cap. XII vers. 38.

[2] Qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret. Ad Tit. cap. II vers. 14.

[3] Convocatis duodecim Apostolis.....misit illos. Luc. cap. IX vers. 1.

[4] Designavit Dominus et alios septuaginta duos. Luc. cap. X vers. 1.

[5] Euntes in mundum universum. Marc. cap. XVI vers 15.

[6] Alii.....ludibria et verbera experti insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, sceti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt: circumierunt in melotis, in pelibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti. Ad Hebr. cap. XI vers. 37.

[7] Trademini autem a Parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis. Luc. XXI vers. 26.

[8] Cum omnibus hominibus pacem habentes. Ad Rom. cap. XII vers. 18.

[9] Estote ergo prudentes sicut serpentes, simplices sicut columbae. Math. cap. X vers. 16.

[10] Nihil per contentionem, neque per inanem gloriam, sed in humilitate superiores sibi invicam arbitantes. Ad Philip. cap. II vers. 3.

sericordia, les advirtió, sin embargo, de un modo expreso y terminante, que si al entrar en una ciudad no fueren recibidos, sin segunda instancia, ni detención volvieran las espaldas, sacudiendo hasta el polvo de su calzado y se fueran á otra parte (1).

¿Qué es esto, señores? ¿Es más sensible á Dios no recibir á sus apóstoles y discípulos que á su misma divina Madre? ¿Valen acaso más las almas de esta parte del mundo que las de otras? ¿Tienen por ventura méritos especiales los mexicanos para que no se guarden con ellos las prescripciones del Maestro divino? ¡Hermanos míos! jamás encontraréis respuestas satisfactorias á estas preguntas, sino éstas: ¡es incomparablemente grande la dignación de María, quien, para visitar á los mexicanos y quedarse con ellos, ha vencido todas las dificultades que se oponían á su visita. *Visitavit nos, oriens ex alto.*

Y podrá estimarse aun más esta dignación de la santísima Virgen en visitar á México, considerando que cuando se encaminó á Hebrón, Isabel su prima la esperaba llena del Espíritu Santo, para beatificarla por haber creído (2), mientras tanto que al venir á nuestro suelo, la luz de la Fe no iluminaba aún á todas las inteligencias, y por lo mismo no habría de recibir las alabanzas que merecían su dignidad y grandeza, sino hasta que Ella misma hiciera eficaces los trabajos de los misioneros, iluminando á este pueblo sentado á las sombras de la muerte (3).

La segunda parte de mi tesis quedará demostrada con una breve reflexión. Cuando el apóstol san Pablo ex-

[1] Luc. cap. X vers 10 et 11.

[2] Beata quae credidisti. Luc. cap. I vers 45.

[3] Habitantibus in regione umbrae mortis lux orta e. sseit Isai. cap. IX. vers. 2.

hortaba á los fieles de la Iglesia de Corinto á que amarán á Dios de todo corazón, poniales delante en una sola palabra los beneficios universales que el amor divino ha concedido á los hombres, y les decía: *el amor que Cristo nos tiene, nos obliga á amarle* (1): ¡Mexicanos! á los beneficios universales que todos hemos recibido de María como Madre de Dios y de los hombres y como Corredentora de la humanidad, añadid el favor, el milagro, el prodigio de su incomparable dignación en habernos visitado en esta celestial Imágen, y decidme: ¿si no queda obligada hácia Ella toda nuestra gratitud?

Pocos y muy inferiores á los que nosotros hemos recibido, pueden decirse que fueron los favores dispensados por la inmaculada Virgen, durante su permanencia de tres meses (2), con la familia de Zacarías, puesto que, desde aquella fecha memorable en que habita con nosotros, no cesa su maternal corazón de dispensarnos todo género de bienes, obligando con ellos cada vez más, toda nuestra confianza y gratitud.

Cuando hace muy poco tiempo, perturbada nuestra tranquilidad pública, sentiamos las consecuencias de una guerra fratricida, llenos de angustia, pero al mismo tiempo llenos de esperanza en el corazón, dirigiamos nuestras miradas y afectos á esta bendita Imágen de María de Guadalupe, confiando que en tiempo oportuno, según los planes admirables de la Providencia, había de venir el remedio de las necesidades nacionales, dignándose la soberana Reina de México encaminar al bien de la patria los acontecimientos que tanto nos afligian: nuestras esperanzas no fueron defraudadas: la paz vino más pronto de lo que creíamos: el éxito de nuestros trastornos en el orden político queda todavía

(1) *Charitas Christi urget nos. 2a ad Cor. cap. V vers. 14.*

(2) *Mansit autem Maria... quasi mensibus tribus. Luc. I vers. 6.*

encomendado á nuestra celestial Patrona: Ella como siempre lo hace, cuidará de dirigir los acontecimientos humanos, para que de todos modos se aumente la gloria de Dios mediante la santificación de las almas, cualquiera que sea la situación política de México.

Por lo que á nosotros toca, recordemos que el mejor modo de ser agradecidos consiste en usar de los beneficios que se nos han dispensado para honor y gloria de aquella Virgen bondadosísima, de quien los hemos recibido, haciéndonos dignos por el cumplimiento de nuestros deberes cristianos de contarnos en el número de sus hijos.

¡Señora! hace más de cinco lustros que año por año hemos venido á tus plantas en devota y numerosa peregrinación los fieles de la Iglesia de Querétaro, para presentarte unas veces, el tan sencillo cuanto sincero homenaje de nuestro reconocimiento por los favores que hemos recibido de tu bondadoso corazón; y otras, para pedirte llenos de confianza el remedio de las necesidades de aquella Diócesis, entre todas tu predilecta: ahora, Madre mía, con uno y otro objeto, voy á presentarte una prueba del muy sincero amor que te profesan los queretanos: cuando por las circunstancias políticas del país y muy á su pesar, se había resuelto nuestro ilustrísimo Prelado, á que no viniera la peregrinación como en años anteriores, Tú viste, Madre mía, cuanto era el sentimiento, cuanta la profunda pena de tus hijos cuando se decían: ¡en este año no veremos á nuestra Señora de Guadalupe!

¿Quisiste acaso, oh Señora, poner á prueba el amor de tus devotos con esta privación? Si hubiere sido así, Tú misma has quedado convencida de lo mucho que te amamos. Sí, Virgen inmaculada, la devoción de los fieles de Querétaro no quedó satisfecha sino hasta que en 25

del mes de Junio próximo pasado, nuestro ilustrísimo Obispo expidió una Circular, diciendo: que lo más *conveniente para corresponder al movimiento de piedad* de sus diocesanos era venir como siempre, él mismo á tu Santuario; y al efecto, organizó á toda prisa lo relativo á la peregrinación que tienes á tus plantas.

Y ya que satisfecho el amor que te profesamos, nos tienes ante tu Imágen prodigiosa, despacha luego ¡oh poderosísima Reina de México! las oraciones que te dirige el Pastor de la Iglesia de Querétaro, que por cierto no son otras, sino las que demandan las necesidades espirituales y temporales de aquellas almas que el Cielo ha puesto á su cuidado: oye los ruegos de este celoso Clero, que tanto trabaja por fomentar en los corazones tu amor y devoción: atiende á las plegarias de estos tus fieles hijos, que unidos á sus hermanos en el mismo espíritu, vienen á protestarte solemnemente confianza y gratitud.

Haz ¡oh augusta Reina! que así como Tú, para satisfacer los deseos de tu misericordia, venciste con tu amor tantas dificultades para visitarnos; así nosotros, para satisfacer en nuestras almas el deseo de felicidad, podamos vencer con tu divina gracia los obstáculos que nos impidan visitarte en el templo santo de tu gloria. Amen.

AD MAJOREM DEI GLORIAM

ET MARIAE.

